LA OTRA MURALLA CHINA

José Ricardo Chávez Costa Rica

Cuando caminaba por el borde y por poner atención a la cuchara de plata que se veía en el horizonte, se resbaló. Su cuerpo sintió la fría porcelana mientras caía, aunque afortunadamente no se golpeó muy duro. Un tanto adolorido aún, se incorporó en el fondo de las taza.

Miró hacia arriba y, allá, en el alto se veía el circular borde y, dentro de su circunferencia, un cielo con lámpara blanca. Las paredes de la taza brillaban por la limpieza y el aire era perfectamente respirable. Quería salir de allí lo más pronto posible pero, por lo alto de la pared era una labor difícil. Y debía hacerlo pronto, pronto. A las tres de la tarde su abuela se acercaría y se serviría su taza de café caliente.

El tiempo pasaba y él era impotente, allá en el fondo. El reloj de péndulo sonó; las tres, y la puerta del comedor chirrió cuando la abuela la empujo. La Señora con vestido negro, el pelo con el discreto moño y unos lentes de cadenilla, se acercaron a la mesita de café y se sentó. Con su voz pausada, aunque fuerte, ordeno a la muchacha de servicio que trajera el café y la repostería. Él en el fondo, gritaba que no, pero no lo oían. Gritaba que él estaba ahí, pero no lo veían. La abuela continuaba con su rito. La empleada, con un vestido floreado, trajo la bandeja con o acostumbrad. La puso en la mesa y se marchó. Desesperado, él intentaba escalar las lisas paredes de porcelana china, vanamente. De pronto, sintió sobre su cuerpo un baño de granizos, que lo lanzo al suelo con fuerza; el azúcar caía sobre él, una vez y otra vez. Casi sepultado por aquel polvo, logro liberar su cabeza y una de sus manos e intento gritar nuevamente, pero el café caliente ahogo todo grito.

La abuela tomo su bebida y luego se sentó en el amplio sillón, con tapetes blancos en los espaciosos brazos, en donde continuo su tejido.

EL HOMBRE ESPEJO

Vladimiro Rivas Íturral Ecuador

Hoy he visto pasar, por la cerca de una calle apartada, al hombre de vidrio. Caminaba lustroso y brillante, recogido e infeliz, en medio de una faramalla del barrio, que, entre curiosa y fascinada, se acercaba a preguntar si podía amar. Pedía el hombre de vidrio no acercarme mucho a él porque podía romperse, y ellos cortarse. Tomaba distancia y observaba.

Lo vi desde mi asiento en el bus. Observando de cerca, el hombre de vidrio era plano y anguloso, filudo, peligroso, una transparencia, una entelequia que solo se cuidaría de ser pasional, temperamental, vital. Descubrir fuego en su interior sería peligroso; esa fuerza, lanzada hacia fuera, podría también quebrarlo. Así que mejor era ladear el cuerpo y ofrecer como respuesta, el costado en que el cristal fuera espejo y la luz imagen de los otros.

ROPA USADA

Pía Barros Chile

Un hombre entra en la tienda. La chaqueta de cuero, gastada, sucia, atrapa su mirada de inmediato. La dependiente musita un precio ridículo, como si quisiera regalársela. Solo porque tiene un orificio justo en el corazón, solo porque tras el cuero, el chiporro blanco tiene una mancha rojiza que ningún detergente ha podido sacar. El hombre sale feliz a la calle.

A pocos pasos, unos hombres enmascarados disparando desde un callejón. Una bala hace un giro ochenta grados de su destino original. Se diría que la bala tiene memoria. Se desvía y avanza, gozosa, hasta la chaqueta. Ingresa, conocedora, en el orificio. El hombre congela la sonrisa ante el impacto.

La dependienta corre a desvestirlo y a colgar nuevamente la chaqueta en el perchero.

Lima sus uñas distraída, aguardando.

LA CARTA

José Luis González Puerto Rico

San Juan, Puerto Rico 8 de marzo de 1947

Querida bieja:

Como yo le desia antes de venirme, aquí las cosas me van vien. Desde que llegue enseguida encontré trabajo. Me pagan 8 pesos a la semana y con eso vivo como don Pepe el aministradol de la central de allá.

La ropa aquella quede de mandare, no la he podido compral pues quiero buscarla en una de las tiendas mejores. Dígale a Petra que cuando valla por casa le boy a llevar un regalito al nene de ella.

Boy a ver si me saco un retrato un día de estos para mándaselo a uste.

El otro día vi a Felo el hijo de la comai Maria. Él está trabajando pero gana menos que yo.

Bueno recueldese de escrivirme y contarme todo lo que pasa por allá.

Su ijo que la quiere y pide la bendición, Juan

Después de firmar, doblo cuidadosamente el papel ajado y lleno de borrones y se lo guardo en el bolsillo de la camisa. Camino hasta la estación de correos más próxima, y al llegar se echó la gorra raída sobre la frente y se acuclillo en el umbral de una de las puertas. Doblo la mano izquierda, fingiéndose manco y extendió la derecha con la mano hacia arriba.

Cuando reunió los 131 centavos necesarios, compro el sobre y el timbre y despacho la carta.

DE LAS PROPIEDADES DEL SUEÑO

Sergio Ramírez Nicaragua

Sinesios de cirene, en el siglo XIV, sostenía en su tratado sobre los sueños que si un determinado número de personas soñaba al mismo tiempo un hecho igual, este podía ser llevado a la realidad: “entreguémonos todos entonces, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, ciudadanos y magistrados, habitantes de la ciudad y del campo, artesanos y oradores, a soñar nuestros deseos. No hay privilegiados ni por la edad, el sexo, la fortuna o la profesión; el reposo se ofrece a todos: es un oráculo que siempre está dispuesto a ser nuestra terrible y silenciosa ama”.

La oposición política de un país que estaba siendo gobernado por una larga tiranía quiso experimentar siglos después las excelencias de esta creencia y distribuyo entre la población de manera secreta unas esquelas en las que se daban las instrucciones para el sueño conjunto: en una hora de la noche claramente consignada, los ciudadanos soñarían que el tirano era derrocado y que el pueblo tomaba el poder.

Aunque el experimento comenzó a efectuarse hace mucho tiempo, no ha sido posible obtener ningún resultado, pues Mainonides prevenía que en el caso que el objeto de los sueños fuese una persona, debería ser sorprendida durmiendo. Y los tiranos nunca duermen.